



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12481

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Administración y Redacción, Mayor 24

MIERCOLES 20 DE MAYO DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Osmárline 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

No se achican

Los marrajos se dan por advertidos. Nuestro artículo *Proyectos*, publicado en EL ECO de ayer, ha sido como clarín de guerra llamando á los soldados á las armas. Y como el clarín no suena nunca en balde entre los que siempre tuvieron de cara á la victoria, los marrajos se encuentran ya en la brecha ocupando el puesto á que el honor les llama.

Hemos dicho se ocupan, mas no es cierto; pero lo ocuparán. Individualmente lo tienen decidido. Colectivamente lo decidirán dentro de algunos días en una junta que tienen convocada.

Hablando ayer con uno de los de la tubica murada, o como expresarse con este idioma que nos entusiasmanos. Y se llama... nora llevo a nuestro animo el convencimiento de que no se quedarán en la estacada, que al terminar la conferencia dijimos para nuestro capote.—Estos no se quedan atrás; son los de siempre; los que han organizado sus procesiones en quince días; los que han rendido culto fervoroso a la tradición y en determinados instantes, sin comiárselos que se encargaran de vestir los tronos, sin dinero en la caja, pero con una voluntad de hierro y un entusiasmo superior á cuanto puede imaginarse, han acordado echarlas a la calle, las han echado; se han lucido y les han sobrado unas cuantas pesetas.

Decididamente los marrajos van por el camino que los llevan; mas para desquitarse por haberles tomado la delantera, se propondrá en la próxima junta hacer cuatro veces lo que los californios, es decir, superarlos en las reformas. Así nos lo asegura el cofrade de que antes hemos hecho mérito y de la veracidad de sus palabras é

intenciones, nos garantiza saber de ciencia propia que es hombre dispuesto a afrontar lo que venga.

Escusamos decir la complacencia con que hemos oído las manifestaciones del cofrade y sube aquella de punto sabiendo que en la cofradía marraja hay personal de igual empuje, entusiasmas, amantes de la historia de la cofradía, por cuyo brillo están dispuestos a hacer, cuanto que se peñarse dentro de lo posible y de lo justo.

Nos alegramos de la actitud de los elementos marrajos; no sólo por ellos; a los que profesamos gran cariño, sino también por el beneficio que le da de representar para Cartagena esas gallardías.

Ahora sólo falta que el entusiasmo de los marrajos se funde en un solo espíritu. En la cofradía marraja, que es una que está viviente, los marrajos para celebrar un acto, que se decide y acordado que es al presente de uso general.

Hacia falta que las procesiones sufrieran una transformación, que se renovaran los elementos que la forman. Repetidas veces hemos aconsejado que se fueran reformando poco a poco para hacer menor el sacrificio; pero ya que los californios se deciden a renovar la suya, de una vez, y los marrajos entraran por idéntico camino, mejor para todos: para ellos que escucharán luego los aplausos y para Cartagena que recogerá los beneficios.

IMPROVISACION

Para vivir dichoso yo quisiera, pasar mi vida junto á ti, bien mío; y cuando al fin muriera, que mi poster mirada solo fuera á tus hermosos ojos y á tu faz hechicera. Y en pago de mi amor y mi embeleso, que con tus labios rojos tú grabaras un beso

en mi boca, tan fragante, un ósculo tan triste y tan sombrío, que hasta á la misma muerte le causarás dolor, sólo mío....

Jesús Baño Tormo.

Portmán.

TIJERETAZOS

Leemos:

«El periódico *La Temps* documenta la noticia de la toma de Tazza por las tropas del sultán.»

Ya esperábamos la rectificación. Esa taza no es para ese plato. Ni en esa taza toma té el sultán.

En una iglesia de Belleville se ha dado un espectáculo por demás lamentable.

Por si el cura que predicaba dijo ó dejó de decir, se dividió el auditorio en dos bandos y se dieron una cachetina.

Se gritó á voz en cuello, se esgrimieron bastones y se dispararon sillazos.

Y viva la libertad.

Por ese camino solo se llega á un punto.

La guerra civil.

Dicen de Washington que por orden del gobierno de los Estados Unidos han sido concentradas en Olongopó las fuerzas de infantería de marina que prestan servicio en el archipiélago filipino en previsión de posibles contingencias en China.

¡También en el Celeste imperio!

La América del Norte se ha enriecido con el imperialismo y no escarmenta.

Siga, siga oliendo donde guisan, á ver si alguna vez la dejan sin narices.

La prensa comenta de mil modos el mensaje que el Sr. Silvela ha puesto en boca de D. Alfonso XIII.

Todos los periódicos lo encuentran deficiente.

Alguno le reputa de sobrio.

¡Sobrio, eh?

Ya quisiera el partido dominante llevar el timón de la nave hasta que encajen en las leyes los asuntos que anuncia.

Con medio siglo no hay bastante para cumplir lo prometido.

¡Sobrio, eh?

Pletórico, superabundantemente pletórico.

Lo de los liberales no fué nada.

Ese Montero Ríos se enfada y se arrinconan.

«Pero se le pasó el mal humor y vuelve á jugar.»

Primero con el programa del partido.

Luego con motivo de la jefatura.

Ahora con pretexto de una junta.

Mas no ha pasado nada. Pelillos á la mar y hasta otra.

Es decir, hasta que no haya jefe.

Que en habiéndolo y no sea él el favorito... ¡La del humo!

Entonces si que no habrá medio mutis, sino medio completo y para siempre.

Si es el... también lo habrá... por la parte contraria.

Porque ese pleito de los liberales es de los que no admiten componendas.

CURIOSIDADES

Recuerdos del año terrible

El «Journal des Debats», en uno de sus últimos números, publica fragmentos de notas y recuerdos que dejó el ilustre republicano francés M. Thiers.

A continuación publicamos un relato conmovedor.

Se trata de las negociaciones para la paz, de la entrevista celebrada entre Thiers y Bismarck en 1871, de tan inolvidable recuerdo para Francia.

«Bismarck me dijo, desde luego, que esta plaza (Belfort) estaba en Alsacia, y que se hallaba decidido á que toda Alsacia pasase á Alemania.»

Durante dos horas, á ratos amenazando, á ratos suplicando, declaré que nunca cedería á Belfort.—«No, gritó, no cederé jamás Belfort y Metz á un tiempo.»

Queréis arruinar á Francia económica y arruinarla también en sus fronteras.

¡Pues bien! Cojeda, administrada, cobrad los impuestos.

Nosotros nos retiramos, y tendréis que gobernarla ante Europa si ella lo permite.

Estaba yo desesperado; Bismarck, cogiéndome mis manos entre las suyas, me decía:

—Creedme: he hecho todo lo que he podido: pero en cuanto á dejaros una parte de la Alsacia, es imposible.

—Firmo ahora mismo si me dejáis á Belfort.—le contesté,—de lo contrario no firmo nada y llegaremos al último extremo, sea el que sea.

Vencido, agotado, Bismarck me dijo entonces:

—Lo queréis; voy á hacer una tentativa

cerca del rey, pero no creo que tenga éxito»

Lo tuvo sin embargo, y Belfort se salvó. Los preliminares de la paz se firmaron al día siguiente, 25 de Febrero.

—¡Es el día más cruel de mi vida!—dice Thiers.—Estos preliminares habían sido mal redactados por los alemanes, pero aunque lo hubieran sido con toda claridad habrían provocado las mismas dificultades de interpretación; porque en el momento de interpretar una cláusula es cuando está uno obligado á precisar su sentido, y entonces se producen desastrosos imprevistos é inevitables.

Bismarck tenía prisa porque al mismo rey le urgía partir; quería atropellarlo todo, cuidándose poco de una redacción que estaba segura, por otra parte, de traducir en su provecho; esto aparte de que estaba indispuesto, y aparte también de su temperamento de salvajes.

Los últimos prisioneros boers

De Carpentown escriben á «Le Rappel»:

«De regreso de Ceylan, el capitán Mann cuenta que los prisioneros boers que se hallan todavía en esta isla no quieren ceder que ha terminado la guerra del Transvaal.»

Desconfían de las cartas que reciben de sus amigos, los cuales los comprometen á prestar el juramento de fidelidad.

Creon que son falsificadas y fabricadas por el Gobierno inglés.

Mientras los generales Botha, Delarey y De Wet no les hayan confirmado personalmente las conclusiones de la paz, no cederán en ella».

Una alcaldada

«El Figaro» cuenta este hecho anécdota.

«La semana pasada el director del Museo alemán de Nuremberg supo que en una pequeña aldea del Palatinado se ha hecho un descubrimiento arqueológico de gran interés.»

«Dos horas más tarde llegó á la aldea, corrió á casa del alcalde del pueblo y le dijo:

—Soy M. X... director del Museo alemán de Nuremberg y vengo para...»

—Ea demasiado tarde, caballero—le interrumpió el alcalde.—Tenemos ya un carnaval, un baile, una mujer barbuda, un teatro de marionetas, un circo de pulgas, y viene usted con su museo dos días antes de la kermesse. No tengo sitio para él.

Y puso al director en la puerta de la casa.

ta joven, sin génio, que apenas conocía y que siempre había evitado, á la de un hombre divorcido, y á quien amaba. ¡Estrafio destino de las pasiones, cuyo primer movimiento es huir de lo que busca, y el segundo reunirse á lo que había huido!

timiento de su amor propio y las afecciones de su corazón.

Pocos momentos después de tener esta conversación, fué cuando Valentina llegó á casa de Mma. de Montbert, resplandeciente por uno de los más bellos adornos, la esperanza de ser amada.

Edgar parecía tan dichoso como ella, adivinando su pensamiento. ¿No se puede llamar dos veces dichoso el hombre que debe á su amigo el cariño de la mujer que uno ama?

—¿Venís de casa de Mma. de Tontvenel? dijo Edgar acercándose á Valentina. Esta pareció turbarse á este nombre, como si hubiera significado: Sé lo que se os ha dicho.

Efectivamente algo había de esto.

—Si, la he visto esta noche, respondió Mma. de Champlery.

Y queriendo evitar el embarazo de una emoción, se alejó precipitadamente, y en su confusión fué á sentarse al lado de una de estas mujeres enojosas, siempre solitarias ó errantes, á las que no se habla más que en invierno cuando van á dar un baile, y que pagan el resto del año en un abandono desesperado.

El amor tiene terrores singulares, caprichos difusos; solo él con su extravagancia, podía inspirar á Valentina la idea de preferir la conversación de es-



de Larville buscaba con afán ocasiones de encontrar á Valentina; estas eran bien frecuentes; Mma. Clairange le había invitado á que fuese á menudo á verla, y además, Valentina iba casi todas las tardes á casa de Mma. de Tontvenel, á quien su delicada salud rara vez permitía salir.

Edgar no faltaba tampoco á casa de su tía en los días que recibía, y Mma. de Montbert, admirada de ver á su sobrino, de repente tan solícito, y no atribuyéndose á sí misma la causa de esta atención, trató de saber por qué señora venía tan á menudo.